

LOS CONFLICTOS ECLESIASTICOS DEL ARZOBISPO OSCAR ROMERO

El arzobispo Oscar Romero vivió una transformación fundamental en su vida: pasó de hombre de Iglesia receloso y conservador a defensor profético de los pobres. No sólo encontró resistencia y persecución por parte de los poderes políticos y económicos, sino incluso por parte del Vaticano, del nuncio y de otros obispos de El Salvador. Y éstos fueron los que más le hicieron sufrir. Romero es hoy un símbolo de una Iglesia comprometida con los pobres. Otras confesiones, e incluso no creyentes, ven en él un modelo a seguir.

Erzbischof Oscar Romeros Kirchenkonflikte, Stimmen der Zeit 130 (2005) 198-210

El 24 de marzo de 1980, el arzobispo Oscar Arnulfo Romero fue asesinado en San Salvador por un francotirador a sueldo durante la celebración de la santa misa. En esta misa, Romero predicaba en memoria de la madre difunta de un amigo, sobre el grano de trigo que cae al suelo y debe morir para dar fruto. Este sermón se convirtió en su testamento: “Acaban de escuchar en el evangelio de Cristo que es necesario no amarse tanto a sí mismo, que se cuida uno para no meterse en los riesgos de la vida que la historia nos exige y que el que quiera apartar de sí el peligro perderá su vida. En cambio, el que se entrega por amor a Cristo al servicio de los demás, éste vivirá como el grano de trigo que muere, pero aparentemente. Si no muriera se quedaría solo”.

Estas palabras se cumplieron

en su persona. Aunque incluso hoy en día se le intenta acallar desde las esferas oficiales de El Salvador, Romero se ha convertido en uno de los salvadoreños más conocidos de todos los tiempos, en un símbolo de una iglesia inspirada por la teología de la liberación y comprometida con los pobres. Otras confesiones, e incluso no creyentes, ven en él un modelo a seguir. En julio de 1998 se descubrió una estatua de Romero sobre un portal de la abadía de Westminster en Londres, donde aparece junto a otros mártires del siglo XX, como Dietrich Bonhoeffer, Martin Luther King y Maximilian Kolbe.

Por si no fuera suficiente borrar el recuerdo de Romero, los círculos políticos y también eclesiales intentan diluir y falsear su imagen ocultando su potencial profético y conflictivo. Y precisa-

mente en sus conflictos con la iglesia oficial se refleja todo el dramatismo de su etapa como arzobispo.

“Sentir con la iglesia”. Preparándose a su consagración como obispo, el 21 de junio de 1970, Oscar Romero eligió este lema tomado de los ejercicios espirituales ignacianos. La lealtad a la iglesia y al Papa fue una constante en su vida. Después de su transformación fundamental, con la que pasó de hombre de iglesia receloso y conservador a defensor profético de los pobres, su «sentir con la iglesia» fue sometido a duras pruebas. No sólo encontró resistencia y persecución por parte de los poderes políticos y económicos, sino incluso por parte del Vaticano, del nuncio y de otros obispos de El Salvador. Ricardo Urios-te, su vicario general, destaca que sufrió mucho más por los ataques del interior de la iglesia que por los del exterior. Los celos y las amenazas de destitución como arzobispo le plantearon una prueba existencial entre su fidelidad a la dirección de la Iglesia en Roma y su fidelidad a los pobres y los oprimidos de su pueblo.

El «sentir con la Iglesia» de Romero pasó por transformaciones fundamentales a lo largo de su vida. Si durante mucho tiempo identificó a la Iglesia (de acuerdo con la eclesiología previa al Vaticano II) con el Papa y la jerarquía, cada vez más identificó a la Iglesia con el pueblo de Dios entre los pobres. “Sentir con la Iglesia” para

él significaba sentir con los pobres. Que este giro le provocara un conflicto dramático con el nuncio y el Vaticano sólo se puede calificar de trágico. Romero no fue el que planteó este conflicto. Pero la fidelidad al Evangelio y a su conciencia no le dejaron otra alternativa que la de “enfrentarse cara a cara» con la dirección de la Iglesia.

Conflictos con el nuncio

Una primera confrontación se produjo en marzo de 1977 con su decisión de celebrar una única misa en la catedral por el entierro de Rutilio Grande, S.J., el primer sacerdote asesinado en El Salvador. Así quería mostrar, de forma pastoral, el estado de excepción del país. Lo deliberó con los sacerdotes y una mayoría optó por esta “misa única”. Pero Romero lo hizo sin contar con el nuncio, Emanuele Gerada, que se opuso a esta decisión con argumentos pastorales, canónicos y políticos. Pastoralmente, no era justificable dejar a tantos municipios un domingo sin misa. Canónicamente, el secretario del nuncio intentó convencer a Romero de que su decisión era ilícita y le trató como a un escolar. Políticamente, el nuncio utilizó el argumento del estado de excepción declarado por el gobierno que prohibía las grandes reuniones. Romero se opuso diciendo que, a pesar del estado de excepción, en los estadios se organizaban cada vez más partidos de fútbol y el gobierno lo toleraba sin más.

Romero mantuvo una decisión que, desde el punto de vista eclesástico, era asunto exclusivamente suyo. Se celebró la misa única, con más de 100.000 asistentes. Sin embargo, esto afectó para siempre a la buena relación que había mantenido hasta entonces con el nuncio. Las líneas de conflicto se habían trazado. Romero sabía que la gran mayoría de sus sacerdotes y creyentes estaba con él. Frente a ello, el nuncio y los obispos Pedro Arnaldo Aparicio, de San Vicente, Benjamín Barrera, de Santa Ana, su obispo auxiliar, Marco René Revelo, y Eduardo Álvarez, de San Miguel, representaban *de facto* la posición del gobierno y la clase alta adinerada. Romero debía suponer que, a través del nuncio y del gobierno, llegaban informes negativos a Roma sobre su inesperado desempeño del cargo. Así, pues, el 26 de marzo decidió viajar a Roma para presentar su opinión directamente al Papa y a la curia.

Su primera visita al Vaticano iba dirigida a la Congregación de los obispos, con cuyo cardenal prefecto Sebastiano Baggio mantuvo una delicada conversación. En Roma tomaban conciencia de que la designación de Romero como arzobispo no les había salido bien. El 30 de marzo de 1977 tuvo una conversación a solas con el Papa Pablo VI. Le entregó una foto de Rutilio Grande, que el Papa bendijo. Pablo VI alentó a Romero y destacó expresamente que él era el encargado de dirigir la archidiócesis. También fue po-

sitiva una conversación en la Secretaría de Estado con el arzobispo Agostino Casaroli, secretario del Consejo para los Asuntos Públicos de la Iglesia. Romero escribió desde Roma al nuncio con carácter conciliador, con la esperanza de mantener una buena relación con él. Pero esto no iba a ser así.

Con el secuestro y asesinato del Ministro de Asuntos Exteriores, Mauricio Borgonovo, por un grupo guerrillero de izquierdas, la situación política en El Salvador se agravó. El día del entierro de Borgonovo, el 11 de mayo de 1977, fue asesinado el segundo sacerdote, Alfonso Navarro. El 13 de mayo tuvo lugar una reunión extraordinaria de la conferencia episcopal con el nuncio. Había que tratar, en primera lugar, la cuestión de la unidad entre los obispos en su posición respecto al gobierno y los sacerdotes «pro-marxistas». Algunos obispos tampoco estaban de acuerdo con la misa única. Pronto se perfiló la división en la conferencia episcopal.

División de la conferencia episcopal

Esta división fue clara en la sesión semestral periódica de la conferencia episcopal del 11 al 13 de julio de 1977. Los obispos Álvarez y Barrera representaban la posición del gobierno represivo en los crecientes conflictos sociales y políticos. Romero se refirió en su pastoral al Vaticano II, a la

Evangelii Nuntiandi del Papa Pablo VI y a los documentos de la reunión de obispos latinoamericanos de Medellín (1968).

A pesar de ello, empezó a sufrir una creciente presión para que se justificara. A finales de julio de 1977, Romero envió una carta confidencial al cardenal Baggio. Decía lo siguiente: “Creo haber meditado ante el Señor y haber consultado suficientemente mis decisiones”. La base de sus actos fue la búsqueda de la voluntad de Dios, pero también el esfuerzo de revisar su decisión en el diálogo con los demás. Se refería a la amplia solidaridad que le tocó en suerte dentro y fuera del país y del continente, como signo de la aprobación y de la confirmación de su orientación pastoral.

Si la Santa Sede consideraba que sus valoraciones eran erróneas, se declaraba dispuesto a escuchar la censura o dejar la dirección de la archidiócesis en otras manos. Sobre sus dificultades con el nuncio Gerada escribió: “Con tristeza debo manifestar a Vuestra Eminencia que, en estas circunstancias tan dolorosas y difíciles para mí, no he contado con el apoyo de S. E. acerca de mis actuaciones; al contrario, en ciertos momentos he sentido muy dura su presión contra mis decisiones. Al analizar esta rara actitud de S. E., he concluido que S. E. vive muy alejado de los problemas de nuestro clero y de nuestro humilde pueblo y en él predominan las informaciones y presio-

nes del Cardenal Casariego, de los políticos, de los diplomáticos y de la clase adinerada de las colonias elegantes. (...) Es de justicia confesar que actualmente S. E. no goza de simpatías en el clero ni en nuestro pueblo por esas preferencias”. Romero sacó de ahí la consecuencia de “mantener nuestra acción pastoral más autónoma de la actividad diplomática de la Nunciatura”.

La transformación que sufrió Romero se ve claramente si se compara esta declaración con la postura que había adoptado unos años antes, todavía como secretario de la conferencia episcopal, cuando los seminaristas, debido a la posición del nuncio favorable al gobierno, rehusaron participar en la liturgia de la celebración de la coronación del Papa. Juan Hernández Pico lo recuerda así: “Fue el fin del mundo. Le habían tocado al Papa y al nuncio y no habían respetado a la jerarquía de la Iglesia, ¡qué más!”.

La división dentro de la Iglesia se agravó en octubre de 1977. El obispo auxiliar Marco René Revelo declaró, en un sínodo de obispos en Roma, entre otras cosas, que los catequistas de El Salvador eran indoctrinados por marxistas. Los medios controlados por la oligarquía de El Salvador estaban ansiosos por aprovechar estas declaraciones. Romero escribió a Revelo en Roma: “Creo un deber de sinceridad fraterna comunicarle que sus palabras en el sínodo de obispos, publicadas

aquí con la acostumbrada parafernalia, han desconcertado a los sacerdotes y al pueblo, que cada vez es más consciente de nuestra línea pastoral”.

La acusación de ser marxista o comunista en El Salvador, como en muchos otros países de Latinoamérica bajo dictaduras militares, era equiparable a una sentencia de muerte. Desde el punto de vista de la oligarquía y del ejército se pusieron todos los medios para extirpar la “peste del comunismo”. Era desolador que la censura más importante proviniera del interior de la Iglesia. Ya en agosto de 1977, Romero escribió en su diario en relación con una sesión de la conferencia episcopal: “Pero cuando se trató de ver las causas, se dejó llevar la junta por los prejuicios de una infiltración marxista dentro de la Iglesia y no fue posible sacar de allí todos los prejuicios, a pesar de que traté de explicar que la situación de persecución de muchos sacerdotes es por querer ser fieles al espíritu del Vaticano II, traducido a América Latina por Medellín y por Puebla. Muy poco se comprende esto y más bien se echa la culpa a una instrumentalización del marxismo al que está sirviendo la Iglesia, según ellos. Ofrecí a Dios esta prueba de paciencia, ya que a mí se me culpó, en gran parte, del mal que pasa en el país y en nuestra Iglesia”.

Un ejemplo de cómo los obispos dejaron a sus sacerdotes desamparados lo presentó el obispo Álvarez. Miguel Ventura, sacerdo-

te de Hocicala, fue arrestado y torturado durante varios días en la comisaría de Gotera. El obispo Álvarez sólo hizo la siguiente declaración: “Es que al padre Miguel le torturaron en cuanto hombre, no en cuanto sacerdote”. Por ello no vio ningún motivo para protestar abiertamente contra lo sucedido. Romero reflejó este caso en su sermón del 6 de noviembre de 1977, como un ejemplo más de la persecución de la Iglesia.

El conflicto con el nuncio se agravó cuando, en marzo de 1978, un grupo de sacerdotes escribió una carta a los diplomáticos del Vaticano, firmada por más de 300 de los 1.125 sacerdotes y religiosos del país. Empezaba así: “Pero después de serena reflexión a la luz del Evangelio, llegamos a la convicción de que Jesús, Señor de la Historia, nos urge a denunciar aquellos aspectos de su actividad que significan grave escándalo para el Pueblo de Dios y que son destructivos para la Iglesia y su misión evangelizadora”. Entre otras cosas, se acusaban de antievangélicas sus diferencias con Romero y su apoyo al “gobierno represivo e injusto”.

La carta fue publicada por la prensa. El 3 de abril se reunió la conferencia episcopal, en una sesión de urgencia. Eludiendo a Romero y Rivera, los otros obispos ya habían preparado un documento en el que se valoraba la carta duramente. A los que habían redactado el escrito se les reprochó haber faltado a la Santa Sede.

Romero solicitaba que no debía acusarse a los sacerdotes sin oírlos previamente. Entonces echó mano de una distinción interesante: “Yo distinguí entre la Santa Sede, principalmente la figura del Papa con el cual estos sacerdotes se sienten unidos por la fe, y la figura del Nuncio que representa al Papa y que no siempre lo representa nítidamente”. También le parecía “que con la publicación de un documento de este tipo se ha fomentado una división entre los obispos”, dado que él no estaba dispuesto a firmarlo. Sobre el resultado de la reunión anotó en su diario: “El documento quedó aprobado y yo fui objeto de muchas acusaciones falsas de parte de los obispos. Se me dijo que yo tenía una predicación subversiva, violenta; que mis sacerdotes provocaban entre los campesinos el ambiente de violencia y que no nos quejáramos de los atropellos que las autoridades andaban haciendo. Se acusaba a la Arquidiócesis de interferir en las otras diócesis provocando la división de los sacerdotes y el malestar pastoral de otras diócesis. Se acusaba al Arzobispado de sembrar la confusión en el Seminario y que era urgente que saliera del edificio de San José de la Montaña el Arzobispado de San Salvador. Y otra serie de acusaciones calumniosas y falsas a las cuales preferí no contestar. Ha sido un día amargado por esta circunstancia y lamentando que la división en el episcopado se aumenta con este paso, que me pareció poco prudente”.

Este conflicto no pasó desapercibido en el Vaticano. Romero recibió una carta fechada el 16 de junio de 1978 del cardenal Baggio invitándole a mantener una conversación “fraternal y amistosa”. En la Congregación de los obispos primero se le indicó que hablara con el secretario de la congregación, Monseñor Miguel Buro, quien de hecho prácticamente no le dejó hablar. Romero escribe al respecto en su diario: “Hemos notado en su mentalidad una serie de conceptos y prejuicios, que nos han dejado muy poca esperanza para comprender la pastoral que está llevando nuestra Arquidiócesis”. La conversación “fraternal y amistosa” con el cardenal Baggio el día 20 de junio fue muy dura para Romero. Baggio le expresó su decepción por la orientación de Romero, que compartía con muchas otras personas respetadas y también con los obispos salvadoreños. La confrontación con el nuncio la describió como “un escándalo prácticamente irreparable”. El cardenal criticó que Romero describiera su cambio como una “conversión”.

Tras esta conversación con Baggio, Romero escribió un memorándum dirigido al cardenal. Sobre la “recriminación” de su conversión decía lo siguiente: “Lo que sucedió en mi vida sacerdotal, he tratado de explicármelo como una evolución de mi mismo deseo que siempre he tenido de ser fiel a lo que Dios me pide; y si antes di la impresión de más ‘prudente’ y ‘espiritual’ era porque así creía sin-

ceramente que respondía al Evangelio, pues las circunstancias de mi ministerio no se habían mostrado tan exigentes de una fortaleza pastoral que en conciencia creo que se me pedía en las circunstancias en que asumí el arzobispado”.

Sobre la destruida relación de confianza con el obispo auxiliar Marco René Revelo escribió: “Con franqueza fraternal, debo expresar a V. E. que la misma S. Sede y mis hermanos Obispos han falseado las bases de esa confianza, cuando él mismo confiesa – y V. E. me lo confirmó – que su nombramiento ha sido ‘para frenarme’ y los Sres. Nuncio y Obispos utilizan ese mismo encargo para fomentar al antagonismo que destruye una relación cordial”.

Romero también mencionaba los peligros que procedían de la desunión entre los obispos. El mayor Roberto D’Aubuisson, responsable principal de la persecución de la Iglesia y del asesinato de Romero, afirmaba: “Estos curas han armado una cosa que se llama Iglesia Popular, que no es nuestra Iglesia del Vaticano, la Iglesia que dirige el Papa, la Iglesia de la que nosotros somos creyentes”. Esta división de la conferencia episcopal era un reflejo de la división existente en toda la sociedad de El Salvador y la misma Iglesia. Debilitó la posición de la Iglesia y confundió a los fieles. En su cuarta y última carta pastoral, Romero hablaba de ello. Describía esta división como la expresión más vi-

sible de los pecados de la Iglesia. Como arzobispo presentaba una confesión de culpa y pedía el perdón de los fieles.

No se oyó nada igual de parte de los otros obispos, sino todo lo contrario. Poco después, el obispo Aparicio hizo un sermón en el que hacía suyo el punto de vista de la extrema derecha sobre la persecución de la Iglesia. Este sermón se publicó a toda página en el periódico de más tirada. En el diario de Romero se encuentra lo siguiente al respecto, en fecha 13 de septiembre de 1979: “Es una tremenda condenación de los sacerdotes, a los cuales él dice que no puede defender y casi los acusa y los expone a un asesinato; diciendo que los sacerdotes que fueron matados, fueron purgados por la misma izquierda y que hay sacerdotes comprometidos con la izquierda que no pueden retroceder sin que los maten. Nos hemos reunido con otros sacerdotes que están muy indignados de esta acusación tan peligrosa”.

La grieta que atravesaba El Salvador también dividió la Iglesia en todo el continente latinoamericano. Esto se pudo comprobar en la tercera reunión general del episcopado latinoamericano (Puebla, 1979). Romero no participó como delegado de la conferencia episcopal salvadoreña, sino como miembro de la comisión pontificia para Latinoamérica. En Puebla se encontró con obispos como Leónidas Proaño (Ecuador), Sergio Méndez Arceo (México),

y también con los cardenales brasileños Aloisio Lorscheider y Paulo Evaristo Arns, quienes, como él, habían decidido ponerse del lado de los pobres. Pero también se encontró con la enemistad del obispo Alfonso López Trujillo, secretario general del Consejo episcopal latinoamericano. López Trujillo era el representante de los obispos que en Puebla querían acordar una condena de la teología de la liberación, un control centralista de las comunidades de base y una debilitación de la opción por los pobres.

Un total de cuatro “visitadores apostólicos” fueron enviados a Romero durante sus tres años como arzobispo. Uno de ellos fue el obispo argentino Antonio Quarracino que más tarde pasó a ser cardenal. Recomendó nombrar a un administrador apostólico *sede plena* y con ello destituir de forma efectiva a Romero. Al final de esta visita Romero dijo: “Si no me quieren así, que me quiten de arzobispo y me manden de cura a una parroquia. Pero yo no voy a cambiar por eso mis palabras, porque hablo según mi conciencia”. Romero ya se había expresado de forma similar en el citado memorandum al cardenal Baggio: “Si es para bien de la Iglesia, con el mayor gusto entregaré a otros manos este difícil gobierno de la Arquidiócesis. Pero mientras la tengo bajo mi responsabilidad, sólo trataré de agradar al Señor y servir a su Iglesia y a su pueblo, de acuerdo con mi conciencia a la luz del Evangelio y del Magisterio”. Con

esto se llegó al punto más delicado del conflicto de Romero con la dirección oficial de la Iglesia. ¿Puede Roma exigir a los obispos que procedan en contra de su conciencia “por obediencia”?

Aún más claramente se expresó en una conversación con el provincial jesuita César Jérez: “En todo caso, prefiero que me quiten de arzobispo y asíirme con la cabeza en alto antes que entregar la Iglesia a los poderes de este mundo”. Jérez no deja lugar a dudas: al hablar de los “poderes de este mundo”, no se refería al gobierno de El Salvador, sino al gobierno de la Iglesia, los poderes del cardenal Sebastiano Baggio. Romero “parecía decidido a no achicarse ante ellos”.

¿De qué lado está Roma?

En relación con sus dificultades con el nuncio y el obispo auxiliar Revelo, Romero había escrito una carta al Papa. Un miembro de la embajada de Estados Unidos en El Salvador habló de esta carta a un sacerdote. ¿Cómo llegó una copia de esta carta a la embajada de Estados Unidos? Esta cuestión preocupaba mucho a Romero. Había dos posibilidades: una infiltración en la curia del arzobispado, pero entonces la copia de la carta no podía llevar la firma de Romero. La otra era que el Vaticano hubiera enviado una copia del original firmado a la embajada. Las investigaciones

del sacerdote dieron como resultado que una copia de la carta firmada debía haber sido enviada desde el Vaticano. Romero se preguntó desalentado: “¿Pero de qué lado está Roma?”.

La forma en la que los círculos vaticanos intentaron hacer política en contra de Romero se vio claramente a principios de 1978. La universidad de Georgetown, de los jesuitas en Washington, decidió nombrar a Romero doctor *honoris causa* como signo del apoyo internacional de su misión en favor de la justicia y los derechos humanos. Como es debido, la universidad informó de ello con dos meses de antelación a los delegados apostólicos de Washington. Dos semanas antes de la fecha prevista, el Vaticano puso reparos. El cardenal Gabriel Garrone, prefecto de la Congregación para la formación católica, escribió al superior general de los jesuitas. Quería impedir el homenaje. Los jesuitas estaban de acuerdo con la universidad de Georgetown en no cambiar los planes. El Vaticano no hizo nada más. El 14 de febrero de 1978 se concedió a Romero el doctorado *honoris causa* en la catedral de San Salvador con la participación de muchas personas sencillas del pueblo. El nuncio y tres obispos no asistieron a la ceremonia. El cardenal Baggio más tarde describió este nombramiento como “una trampa política”.

A principios de 1980, el gobierno de Estados Unidos anunció un refuerzo de la ayuda mili-

tar para el gobierno salvadoreño, lo cual sólo podía significar un aumento del conflicto, que se estaba convirtiendo en una guerra civil. Romero redactó una carta al entonces presidente Jimmy Carter que leyó en voz alta durante la misa del domingo 17 de febrero de 1980. En ella decía: “La contribución de su Gobierno, en lugar de favorecer una mayor justicia y paz en El Salvador, agudizará sin duda la injusticia y la represión en contra del pueblo organizado”. Advertía a Carter de una intervención de los Estados Unidos en las relaciones de El Salvador y se refería al derecho de autodeterminación, como habían destacado los obispos latinoamericanos en su reunión en Puebla. En menos de 24 horas llegó a la secretaría de estado del Vaticano una queja sobre la carta de parte del Departamento de Estado de Washington. A través de la curia romana de los jesuitas, Romero se enteró del “revuelo” que había causado en Roma su sermón y especialmente su carta al presidente Carter.

Relación de Romero con los Papas

Incluso en sus etapas más difíciles, la fidelidad de Romero al Papa seguía inmutable. Así lo declaró en su sermón del 9 de abril de 1978: “Quiero hacer profesión de fe solemne en este momento de mi adhesión al Santo Padre. El Papa ha sido siempre para mí una

iluminación y pienso morir fiel a él. También quiero profesar mi comunión con el cuerpo episcopal del mundo”. En otro sermón describió al Papa como el “corazón de la Iglesia”. Y, en la reunión de obispos de Puebla, lo más importante para él era su encuentro con el sucesor de Pedro. El mismo era el que más necesitaba al Papa: cada semana seguía sus declaraciones.

Para él fue extraordinariamente importante la conversación personal con el Papa Pablo VI durante su visita a Roma, en junio de 1978. En su diario apuntó la siguiente frase pronunciada por el Papa: “Comprendo su difícil trabajo. Es un trabajo que puede ser no comprendido, necesita tener mucha paciencia y mucha fortaleza. Ya sé que no todos piensan como usted, es difícil en las circunstancias de su país tener esa unanimidad de pensamiento, sin embargo, proceda con ánimo, con paciencia, con fuerza, con esperanza”. Partió de Roma fortalecido: “Siento nostalgia, dejar a Roma. Roma es hogar para el que tiene fe y tiene sentido de Iglesia. Roma es la patria de todos los cristianos. Allí está el Papa, el verdadero padre de todos. Lo he sentido tan cerca, voy tan agradecido con él”. Cuando en su siguiente viaje a Roma visitó la tumba de Pablo VI, su sencillez le hizo ver “el nuevo estilo de sencillez y humildad en la Iglesia”, tal y como lo había acuñado Pablo VI.

Cuando Karol Wojtila fue ele-

gido Papa el 16 de octubre de 1978, Romero expresó sus dudas sobre si el nuevo Papa entendería la realidad de los países latinoamericanos, debido a su origen político: “Él viene de Polonia, viene del otro lado... Y a saber si le da por respaldar al gobierno de Estados Unidos. Para combatir al comunismo, pues. Creyendo que así defiende la fe, que así le conviene la Iglesia...”. Por ello Romero consideró importante informar al nuevo Papa de la forma más rápida y efectiva posible. El 7 de noviembre envió a Juan Pablo II una carta en la que le hablaba de la situación de la archidiócesis: “Desde el principio de mi ministerio en la archidiócesis, creí en conciencia que Dios me pedía y me daba una fortaleza pastoral especial que contrastaba con mi temperamento y mis inclinaciones ‘conservadoras’. Creí un deber colocarme decididamente a la defensa de mi Iglesia y, desde la Iglesia, al lado de mi pueblo tan oprimido y atropellado. En todas mis actuaciones he pedido mucha luz al Espíritu Santo para que no se apartaran del Evangelio ni de las pautas del Concilio Vaticano II ni de los documentos autorizados de Medellín. Especialmente ha sido para mí una norma providencial la exhortación *Evangelii Nuntiandi*”.

En abril de 1979 volvió a Roma para presentarse personalmente al nuevo Papa. Aunque había solicitado una audiencia con mucha antelación, la burocracia curial le hizo esperar: “vuelva al día siguiente”. Claramente había

fuerzas en el Vaticano que no querían que se encontrara con el Papa. En su diario se refleja la creciente desesperación por ser tratado de esta forma: “No ha dejado de preocuparme mucho esta actitud para con un pastor de una diócesis, cuando he pedido con tiempo la audiencia y se va dejando al tiempo la respuesta; hasta temo que no se me vaya a conceder, porque hay muchos obispos en visita *Ad Limina* y hay también otros criterios para dar preferencia a otras solicitudes. Lo he dejado todo en las manos de Dios diciéndole que, de mi parte, he hecho todo lo posible, que, a pesar de todo, creo y amo a la Santa Iglesia y seré siempre fiel, con su gracia, a la Santa Sede, al magisterio del Papa y que comprendo la parte humana, limitada, defectuosa de su Santa Iglesia, que siempre es el instrumento de salvación de la humanidad y a la cual quiero servir sin ninguna reserva”.

Finalmente, durante una audiencia general, solicitó al Papa personalmente una entrevista. El Papa accedió. Pero el encuentro fue desafortunado. Juan Pablo II había sido informado de forma parcial y negativa. El encargo más importante que le dio fue el de esforzarse por conseguir una mejor relación con el gobierno de su país. En su diario habló con prudencia del encuentro, indicando que su primera impresión no había sido satisfactoria. Durante el viaje de vuelta, en Madrid, le habló a un conocido con lágrimas en los ojos sobre este primer encuen-

tro desafortunado.

El segundo y último encuentro de Romero con el Papa Juan Pablo II, el 30 de enero de 1980, fue más alentador. Anteriormente, el general de los Jesuitas, Pedro Arrupe, había hablado positivamente al Papa sobre la pastoral de Romero y sus predicaciones. Esto es lo que escribe al respecto en su diario: “Lo cual parece que ha influido mucho en los juicios del Santo Padre. Así, se notaba también que le sorprendió cuando el padre Arrupe le comunicó que ya eran seis los sacerdotes asesinados en el país. Daba la impresión de que al Papa no se le transmite una información objetiva de la situación de la Iglesia en nuestro país”. Juan Pablo II le alentó a continuar la “defensa de la justicia social” y seguir en la línea de la “opción preferencial por los pobres”. No obstante, el Papa llamó la atención respecto a los “peligros de una infiltración ideológica del marxismo”, que podría “socavar la fe cristiana en el pueblo”. Por su parte, Romero manifestó que atendía al “equilibrio” necesario. “Pero –añadió–, también le dije al Papa que existe un anticomunismo que no está para defender la religión, sino el capital; el anticomunismo de derechas”. Es interesante ver que Juan Pablo II cambió de opinión sobre Romero. Durante su primera visita a El Salvador en 1983, en contra de los planes oficiales, insistió en ir a rezar a la tumba de Romero. Lo alabó abiertamente como un “celoso pastor” que había dado su vida por amor a

Dios y sirviendo a sus hermanos. Y en su ulterior visita a El Salvador en 1996 también visitó su tumba. El Papa Juan Pablo II insistió expresamente en que apareciera el nombre de Romero en la celebración en memoria a los mártires cristianos en el año del Jubileo 2000 en el Coliseo de Roma.

Combinación de carisma y ministerio

Karl Rahner (en *Lo dinámico en la Iglesia*) trató el tema de la tensión necesaria entre carisma y ministerio jerárquico en la Iglesia. Lo carismático representa la actuación libre del espíritu de Dios en la Iglesia, también fuera de la organización institucional y jerárquica. Una simple equiparación de ministerio y carisma llevaría a una concepción totalitaria de la Iglesia. Los hombres que ocupan los cargos jerárquicos no deben ser necesariamente los más inspirados por el Espíritu. En la historia de la Iglesia hay ejemplos suficientes de que los movimientos de renovación que más tarde se interpretaron como voluntad de Dios se llevaron a cabo “desde abajo”, contra la resistencia de la jerarquía. Rahner habla de un “dualismo insuperable, que es voluntad de Dios, entre carisma y ministerio” en la Iglesia; de un “antagonismo necesario en la Iglesia”, resultante del pluralismo de diferentes impulsos: unos mediante el ministerio y los otros “desde abajo”.

El arzobispo Oscar Romero es un ejemplo especial de esta acción del Espíritu en la Iglesia, en tensión, incluso en contraposición a su dirección ministerial. Como cristiano y obispo, siempre buscó la voluntad de Dios, que, para él, no se podía derivar simplemente de los documentos oficiales o de la doctrina general de la Iglesia. Romero unía en su persona, de una forma única y sin estridencias, carisma y ministerio. Que haya obispos como Romero en la Iglesia es una prueba viva de que en ella está vivo el espíritu, el carisma de Jesús. Es un modelo para ejercer de obispo en nuestro tiempo.

Esta tensión entre carisma y ministerio caracteriza también el proceso de beatificación de Romero, iniciado en 1990, y que los oponentes de Romero en El Salvador y también en el Vaticano intentan retrasar. La misma iglesia institucional, que hace 26 años intentó expresar a Romero una especie de voto de desconfianza con el nombramiento de un administrador apostólico, hoy le reconoce como un obispo ejemplar. Pero deben extraerse conclusiones para el funcionamiento actual de la dirección de la Iglesia. Debe despedirse de la arrogancia y de una falsa seguridad en sí misma que todavía hoy muestran algunos dicasterios vaticanos. Debería confesar su posibilidad de equivocarse y tener más cuidado con los juicios y prejuicios. El espíritu no se debe apagar en la Iglesia.

Tradujo y condensó: PAZ MENA